

En Argentina, después del hundimiento del "Belgrano"

BUENOS AIRES. Por Arturo PEREZ REVERTE, enviado especial

O alguien, en alguna parte, impone un inmediato —y difícil— alto el fuego, o en el Atlántico sur va a haber una carnicería. Con el hundimiento del crucero «General Belgrano», hecho que aquí se califica de «brutal salvajada», el Gobierno de Su Graciosa Majestad británica ha desencadenado la guerra de verdad, la guerra total. Toda Argentina siguió ayer sobrecogida, los dramáticos pormenores del rescate que, entre las heladas aguas próximas al círculo polar antártico, se estaba intentando realizar para rescatar con vida a los supervivientes del buque torpedeado hace dos días por el submarino británico «Conqueror». En el momento de redactar esta información han sido rescatados 680 de los 1.042 ocupantes del crucero.

Hasta el momento de redactar este crónico, medios militares argentinos confirman el salvamento de 400 de los 1.042 tripulantes del crucero hundido, que ahora navegan rumbo al puerto de Ushuaia a bordo del «Gurruchaga», mientras continúan las tareas de rescate —en las que participa un buque chileno— de una quincena de botes más, a la deriva entre las encrespadas aguas, frente a la costa más oriental de la Tierra del Fuego. Se confirma que la cifra de marinos del «Belgrano» muertos o desaparecidos durante el hundimiento puede estar por encima de los quinientos hombres. Hay que tener en cuenta que, a causa de las bajas temperaturas en estas aguas próximas al cabo de Hornos, nadie que se encuentre aislado en el mar, aunque lleve chaleco salvavidas, tiene posibilidades de mantenerse con vida mucho tiempo, ya que el atroz frío no tarda en producir la paralización de los miembros, la inconsciencia y la muerte.

«ALEVOSO ATAQUE»

De «alevoso ataque de agresión armada» ha cali-

INDIGNACION CONTRA WASHINGTON

Aunque la Administración Reagan lo niega, se asegura en Buenos Aires que los Áwacs americanos dieron la posición del buque a la escuadra británica



■ 680 supervivientes, rescatados de las frías aguas del Atlántico Sur, mientras prosiguen las tareas de salvamento

ficado el Ministerio de Exteriores argentino el torpedeamiento del «Belgrano» —que se encontraba, como es sabido, fuera de la zona de guerra—, mientras el almirante Anaya, comandante en jefe de la Armada y miembro de la Junta Militar, difundió ayer un mensaje en el que califica el dramático episodio como «parte de la cuota de sacrificio en estas duras circunstancias históricas». Y los medios de comunicación de Buenos Aires recuerdan, con amargura, que durante la acción de reconquista de las Malvinas por Argentina no se derramó la sangre de un solo soldado británico, y que ese tipo de delicadezas no pa-

recen ser el estilo de la señora Thatcher. La capacidad de indignación nacional, no obstante, está lejos de colmarse aquí. La opinión pública, según las encuestas, «espera cualquier cosa» de los británicos y de su arrogancia, y en este sentido fue ayer un nuevo comunicado del Estado Mayor Conjunto, en el que se informaba que el «Sobral» —buque pequeño y muy ligero de la Armada— fue atacado por fuego enemigo cuando se dedicaba a las operaciones de salvamento de un piloto argentino derribado sobre el mar, al noroeste de las Malvinas. A consecuencia del ataque —presumiblemente realizado por heli-

cópteros «Lynx» — el «Sobral» recibió daños que motivaron la pérdida de los enlaces por radio del buque con su base.

Recordemos a este respecto que, según medios militares argentinos, la Royal Navy habría efectuado un intento de desembarco en las Malvinas el pasado sábado, rechazado por las tropas que defienden la ex colonia. En el curso de estos combates, señala la agencia Telam, once civiles malvinenses resultaron muertos y otros diecisiete heridos. Ahora, bajo un cielo gris y frío, los buques británicos se acercan y se alejan de la costa entre la niebla que cubre la bahía de Puerto Argentino, en acciones de hostigamiento.

INDIGNACION CONTRA USA

Ayer, el dato más a destacar en Argentina era un sentimiento antinorteamericano, que se generaliza por momentos. En términos durisimos, medios oficiales y particulares del país coinciden en denunciar la actuación de la Administración Reagan en el conflicto, absolutamente alineada con Gran Bretaña, hasta el extremo de, aparte del apoyo diplomático, proporcionarle cobertura logística y transmitir puntualmente la información que desde el aire captan los aviones de reconocimiento Áwacs estadounidenses que sobrevuelan la zona. Washington, tras el hundimiento del «Belgrano», se apresuró a asegurar que los informes que el Pentágono pasa a Londres nada han tenido

que ver con el hundimiento del crucero argentino, cosa que, por supuesto, aquí nadie se cree. Las

consecuencias de la actitud norteamericana para el futuro de sus relaciones con Hispanoamérica, la parcialidad y el cinismo de que Washington ha hecho gala en este conflicto, pueden arrojar sobre el tapete numerosos cambios en el panorama de las alianzas internacionales del continente. La especial interpretación de la «doctrina Monroe» que ha hecho el equipo Reagan-Haig está dando mucho, pero mucho, que pensar en las cancellerías situadas al sur de Río Grande.

Un asesinato masivo

El hundimiento del crucero argentino «General Belgrano» por la Royal Navy puede tener consecuencias imprevisibles para la estabilidad mundial. El Reino Unido acaba de demostrar que nunca ha tenido voluntad negociadora para encontrar una solución pacífica al conflicto, y esto equivale a decir que una primera potencia, símbolo de la llamada «civilización occidental», es tan capaz de la política de fuerza como el más atrasado de los países tercermundistas. Es todo un mito el que ha caído y, adelante, será muy difícil creer en la capacidad negociadora y en la voluntad pacifista de un país que ha preferido el premeditado asesinato masivo de cientos de infantes de Marina, que no suponían amenaza alguna para su poderosa flota, a confiar en la diplomacia propia y ajena. Pero hay algo más profundo en lo que acaba de ocurrir en el Atlántico Sur: el germen de división entre Europa y América que el grauito ataque contiene. En un mundo cada día más interdependiente, más necesitado de solidaridad y de paz, Inglaterra puede haber dado un manotazo mortal a la cooperación América-Europa, con lo que pudiera dar origen a un nuevo concepto de las alianzas internacionales, en el que la URSS puede sacar sustanciosa tajada. Con Argentina se encuentra alineada hoy toda la América hispana que ha olvidado sus enormes diferencias ideológicas para acusar a Gran Bretaña y a sus aliados —especialmente los Estados Unidos— de un crimen incomprensible en nuestros días. Acaso España esté ahora más llamada que nunca a servir de puente entre las dos orillas del Atlántico, a intervenir con mayor decisión en la busca de una solución que restaure los daños causados, pero es dudoso que algo pueda hacerse ya, al menos mientras Inglaterra no demuestre que le queda un ápice de vergüenza y empiece por rectificar su visión colonialista de imperio anacrónico. Gibraltar sigue siendo el gran «test» de la cordura negociadora, pero la descolonización de la Roca puede verse pronto desfasada si en las Malvinas no se impone la razón a la fuerza.

PUEBLO

LONDRES NO PERDONA

EN las heladas aguas del Atlántico Sur se ha hundido algo más que un viejo buque de guerra, pura chatarra mantenida a flote con tesón y grandes inversiones, por un país al que su claro y constante alineamiento con alos valores occidentales y cristianos no le daba derecho, como a tantos otros, situados en aquel y en otros continentes, más que a proveerse de material obsoleto en los arsenales del Tio Sam. Y al «General Belgrano», crucero construido en plena guerra civil española y último superviviente de la flota norteamericana que se encontraba en Pearl Harbour el día del ataque japonés, lo ha echado a pique un modernísimo submarino nuclear botado no hace muchos años, oficialmente para contribuir a la defensa de eso que se llama el «mundo libre» y que no es otra cosa, como ahora bien se ha comprobado, que el espacio terráqueo en el que se intenta mantener a cualquier precio el dictado de las potencias sajonas sobre las que no lo son, y más ampliamente el dictado de los poderosos y bien nutridos países del Norte sobre el mosaico del Sur, subdesarrollado y convertido, por decreto, en fuente aproximadora de materias primas, en adquisidores de tecnología, en proveedores de bases militares y en comparsas mudos de las grandes potencias.

Veamos dos casos que lo acreditan: Cuando Ian Smith declaró la independencia unilateral de Rhodesia, en contra de Londres, y estableció una dictadura racista de enormes repercusiones, puesto que venía a reforzar el comercio «blanco» del África austral, integrado a la sazón por Sudáfrica y por las colonias portuguesas de Angola y de Mozambique, el Gobierno británico limitó su contrariedad al envío de unos pocos aviones, que seostearon bajo el sol de un aeropuerto de Zambia, y de una fragata que se aburría en el canal de Mozambique. Toda la energía se le fue por la boca, ya que, al final de cuentas, Ian Smith era «de casa», lo mismo que la pléyade de matones que lo rodeaban. Y ni Londres hizo nada, ni los norteamericanos se dieron prácticamente por enterados, ni el Mercado Común se rasgó las vestiduras, ni el Japón prorumpió en un postreiro «¡Banzai!» kamikaze. Desde hace una década, hay un lugar de Europa en el que se vive en estado de ocupación militar extrema y en el que el más impredecible de los derechos humanos, el «habeas corpus», se encuentra suspendido. Me refiero al Ulster, en cuyas ciudades los regimientos ingleses, turnándose, acampan en las calles, avanzan por ellas con el fusil empuñado y el dedo en el

gatillo, han matado a mujeres y niños, disparado indiscriminadamente y, de acuerdo con evidencias incontestables, algunas de ellas rendidas por los propios soldados, torturados. Pero ese cáncer no ha sido observado ni denunciado por nadie. Londres es intocable. Y ahora el hundimiento del «General Belgrano». Sin el cheque en blanco dado por la Comunidad Europea y, tácitamente, por la Alianza Atlántica, sin el aliento de la Administración Reagan, el Gobierno de la señora Thatcher no se hubiera atrevido a tanto. Pero contando con ese aval ha llevado a cabo una acción que no puede incluirse entre las tipificadas como de guerra, sino en la dimensión terrorista de un conflicto bélico. En efecto, debido a sus características asiosas y a la distancia a la que se encontraba de la zona de operaciones, el «General Belgrano» no representaba peligro alguno. Estaba bajo el control de los AWACS norteamericanos y podía habérselo parado de llegar el momento. Pero Londres, que desea recuperar las Malvinas sin derramamiento de sangre propio, pensó que esa vieja nave podía ser destruida con facilidad y arrastrar a la muerte, en un mar encrespado y helado, a centenares de sus tripulantes, con lo que el impacto que el hecho iba a producir haría,

tal vez, que Buenos Aires reflexionase y arrojase la toalla, renunciando a proseguir el combate. Todavía no hace muchas semanas que el «General Belgrano», al lado de otras unidades de la Armada argentina, participó en las maniobras «Ocean Venture», planificadas a escala mundial por el Pentágono, al lado de la US Navy, de la Royal Navy y de otras marinas occidentales. Objetivo de las mismas: preparar el enfrentamiento con la flota soviética y desafiar su amenaza. Ahora el «General Belgrano» yace en el fondo del mar y muchos de sus hombres son arrastrados, cadáveres, por las olas, y la flota soviética no se ha dejado sólo por allí. Una dramática paradoja que sólo puede abrir, sobre esa cima de horror, un tiempo nuevo para los países de Iberoamérica. Y no sólo para ellos, sino para cuantos desean otra cosa, en el concierto de las naciones, que un forzoso papel de compararse de quienes, en el banquete del mundo libre, he- fiado perfectamente quién se sienta en la mesa y quién debe de recoger, en el suelo, las migajas.

Vicente TALON